



# MARGARITAS PARA UNA TUMBA

# Margaritas para una tumba

*Esteban Balagué*

© 2007. Esteban Balagué. © Portada diseño y difusión de la obra: Íttakus

Edición cortesía de [www.publicatuslibros.com](http://www.publicatuslibros.com) quedando rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra sin expresa autorización de su autor.

Publicatuslibros.com es una iniciativa de:

Íttakus, sociedad para la información, S.L.

CIF B 23576481

C/ Sierra Mágina, 10.

23009 Jaén-España

[www.ittakus.com](http://www.ittakus.com)



# Margaritas para una tumba

Los primeros rayos de sol caían suaves sobre la ciudad pintando con tonalidades rojizas los tejados y azoteas. Sebastián se incorporó en la estrecha cama y miró largo rato el rostro apacible de la mujer menuda que dormía a su lado, mientras con una mano le subía las sábanas hasta cubrirle los hombros desnudos. Ella se revolvió un poco y sonrió, somnolienta, buscando a tientas el cuerpo obeso del hombre que la hacía feliz, intentando acariciar bajo la ropa de cama su abdomen hinchado y descolgado. Sebastián cogió su mano; la besó suavemente antes de depositarla sobre la almohada, y se incorporó con cierto esfuerzo sobre el suelo alfombrado de la angosta habitación. Con pasos vacilantes se acercó despacio al ventanal y corrió las cortinas unos centímetros, lo justo para divisar la estrecha calle que transcurría unos pisos más abajo. Tres o cuatro peatones caminaban presurosos por la acera desigual, camino de un destino desconocido pero previsible. Algunos vehículos de reparto rompían cruelmente el amanecer con sus faros aún encendidos y sus escapes humeantes, deslizándose sin apenas ruido sobre los viejos adoquines, húmedos todavía por el rocío de la noche. Miró su reloj y se quedó unos instantes pensativo. No había tiempo que perder, pero aún faltaban varias horas para tomar ese avión que debía llevarlos tan lejos. Observó las tres maletas, pequeñas e intactas, que se alineaban junto a la puerta de la habitación. Tan sólo lo indispensable para dos o tres días, había dicho, después ya comprarían lo que les hiciese falta. Recordó la imagen de Natalia, acercándose sonriente por la atestada calle después de divisarlo entre la muchedumbre que se amontonaba en su lugar de encuentro, cargada ella con su maletita de piel negra y su bolso a cuadros, asustada pero feliz, decidida a iniciar una nueva etapa, con él, en su ya larga vida.

Se acercó al pequeño baño y se miró en el espejo desconchado, resignado ante lo que veía. La alopecia ya era irreversible y unas arrugas profundas marchitaban su frente ancha y despejada. Tan sólo cuatro mechones canosos y desiguales que él peinaba con cuidadoso esmero cruzaban su coronilla de este a oeste. Hacía relativamente poco tiempo, unos meses, que las bolsas de los ojos habían aparecido desafiantes, desfigurándole la mirada y oscureciendo su rostro, envejeciéndolo prematuramente. Las pocas personas que componían su entorno más próximo comentaban con extrañeza y preocupación el deterioro que el Sr. Garcés estaba experimentando, incluso

Marta, su secretaria, un día se armó de valor y le comentó que debería cuidarse un poco más. Él la miró con dulzura y le dio las gracias, pero sabía perfectamente que ya era demasiado tarde para cualquier acción correctora. “Los años no perdonan y la oxidación celular es inevitable”, decía él a modo de explicación irrefutable con el que daba por zanjada cualquier cuestión posterior. Pero en su fuero interno le daba totalmente la razón, porque él era perfectamente sabedor de su casi estudiado abandono. Debería haber dejado de fumar hacía ya muchos años, y no a raíz de aquel infarto que le sobrevino mientras jugaba al tenis con Wilson, su socio inglés. También debería de haber moderado su apetito, reducir las grasas, la sal y los casi quince cafés de cada día, hacer más ejercicio y dormir más. Pero habían otras prioridades en su vida que le exigían toda la dedicación y todo su esfuerzo, como por ejemplo su empresa y la estabilidad económica de su familia y de las familias de las personas que componían sus plantillas. En definitiva, múltiples y variadas excusas que le ayudaban a desviar la atención.

Llenó la bañera hasta la mitad de agua muy caliente y se estiró dentro, dejando que le cubriera lentamente todo el cuerpo. Su extrema calidez le pareció un bálsamo de increíbles efectos terapéuticos para su voluminosa y achacosa anatomía. Fijó la mirada en un punto del techo intentando vaciar su mente, sin conseguirlo. Se acordó inesperadamente de Luisa, su esposa, que dormiría feliz y tranquila, totalmente confiada en que su marido estaría descansando plácidamente en el Eurobuilding de la Castellana, como siempre hacía cuando acudía a una de esas aburridísimas reuniones del Consejo en la capital. No creía que le echase de menos, no de la forma como a él le hubiese gustado, aunque ni siquiera estaba seguro que lo hiciera de una forma básicamente egoísta. Tantos años de amargo olvido y concienzudo abandono mutuo deberían de haber pasado su inevitable factura hacía mucho tiempo, pero su relación se había enquistado de tal forma que la única posible solución pasaba por un radical, costoso y traumático proceso de extirpación al que no estaba dispuesto de ningún modo a someterse. Su matrimonio se asemejaba cada vez más a un viejo edificio al que la falta de atención y mantenimiento estaba deteriorando de forma visible, amenazando una ruina inminente. Algún tímido y aislado intento de remozarlo sirvió para eliminar de su fachada los desconchones y las grandes manchas de humedad, de forma que, a la vista de la gente, el edificio se mostraba vistoso y aparente. Pero era una vez dentro de él cuando aparecían los gravísimos daños estructurales, las enormes grietas en las paredes maestras y la absoluta degradación de sus vigas podridas. La que él ya consideraba como una deplorable vida en común se reducía a compartir de forma discontinua e impersonal el enorme y frío lecho matrimonial, el que

había perdido totalmente todas sus capacidades generadoras de encuentros pasionales o de simple canalizador de arrebatos perentorios. Todo eso quedó enterrado bajo los escombros de un amor que se iba desintegrando progresivamente a medida que Sebastián alcanzaba los sucesivos éxitos empresariales con los que escaló rápidamente una sólida y envidiable posición social.

El apartamento era pequeño pero confortable. Natalia lo había cuidado con muchísimo cariño y estudiado esmero, casi como se cuida un tesoro. Verdaderamente, esas pocas paredes se habían convertido con los años en algo más que un simple y más o menos escondido refugio en donde guarecerse de mil tormentas. Ubicado en un estrecho edificio de estilo y edad indeterminada, guardaba a la perfección el secreto que sus habitantes encerraban en sus corazones, el misterio que ocultaban sus miradas cuando atravesaban abrazados el portal de la entrada camino del ascensor. No habían hecho amistad con ninguno de los vecinos, ni siquiera con la agradable señora mayor que ocupaba la vivienda contigua a la suya y que cuando les veía sonreía amablemente detrás de sus gruesas lentes de miope. También estaban completamente seguros que nadie había reconocido nunca a Sebastián. Su imagen, tantas veces publicada en diarios y revistas de corte empresarial, era totalmente desconocida en aquel barrio obrero y eso era lo que a él tanto le gustaba y lo llenaba de seguridad. Tan sólo hacía dos días que Natalia había devuelto las llaves del piso en la administración de fincas y renunciado a su contrato de alquiler mientras una lágrima cruzaba presurosa su mejilla derecha, traicionando así sus sentimientos más íntimos. Pero nada de eso importaba ya demasiado. En unas horas, pocas, todos sus recuerdos quedarían definitivamente atrás y ahora, frente a ellos, se abría un futuro lleno de luz y color.

Sebastián cerró los ojos y se dejó invadir brevemente por la sensación reconfortante de la espuma de jabón barnizando su piel lechosa. Se acarició el pecho con la punta de la esponja mientras observaba embelesado la explosión de millones de burbujas atacadas por el fino chorrillo de agua que se le escapaba de entre las manos. Después, levantándose pesadamente, se masajeó fuertemente la piel y aclaró su cuerpo con una breve ducha tibia que acabó de despertarle del todo. Mientras tanto, ya había amanecido. La ciudad nacía a un nuevo día con franca pereza, asumiendo con desgana el bullicio y el murmullo de sus calles cada vez más atestadas y humeantes. Sebastián extrajo un impecable traje gris de su funda de viaje y una magnífica camisa blanca, que se abotonó despacio mirándose atentamente en el espejo del

armario mientras mentalmente decidía que la corbata amarilla sería una buena elección. Acabó de vestirse y miró a Natalia, que continuaba dormida, ajena a la escena. Entrecerrando los ojos, consultó su reloj de oro. Faltaban pocos minutos para las siete. Tenía todas las fases de su plan perfectamente estudiadas y retenidas en la memoria. Se inclinó sobre Natalia; abrió los ojos. La besó delicadamente en la frente; le abrazó fuerte y largo. Si nada fallaba, en dos horas y media estaría de vuelta. Ahora, tenía un trabajo que hacer.

\* \* \* \*

Las 7.46 hrs. El taxista le miró apenas unos segundos a los ojos cuando la mano de Sebastián dejó en la suya un billete de diez euros; demasiada propina para una carrera tan corta. Pero la frágil sonrisa con la que quiso agradecer el regalo murió antes de llegar a la comisura de sus labios, cuando vio la mirada ausente de su cliente. Éste, tras salir del taxi y orientarse brevemente barriendos ciento ochenta grados con la mirada, alcanzó la entrada del parking de la terminal del puente aéreo, introdujo el ticket en la ranura y abonó el importe con la American Express de la empresa. Treinta segundos más tarde el motor del Jaguar plateado ronroneaba fiable al primer giro del contacto. Teóricamente esa noche la había pasado en Madrid, había vuelto a Barcelona en el primer puente aéreo, el de las 6.50 hrs, y ahora recogía el coche para acudir a su oficina, situada en la parte alta de la ciudad. La cámara de seguridad de la salida, junto a la barrera, sería un nuevo testigo de excepción de la locura que estaba inundándole las venas de un efluvio caliente que le transportaba en volandas a un lugar ansiado. El preceptivo Audi azul marino, invariablemente ocupado por dos señudos y trajeados detectives, esperaba discretamente oculto tras un camión de reparto; arrancó en cuanto el Jaguar pasó junto a ellos. Su jefe de seguridad no le había dicho nada, pero ese era su deber: proteger la vida de su jefe aunque él no quiera. Hacía unos días que le seguían discretamente, pero no lo suficientemente bien como para impedirle despistarlos cuando le apetecía, unas veces, haciendo gala de la velocidad punta (el Jaguar tenía 400 CV, y no le importaban ni las multas ni los puntos, por algo el Ministro del Interior era un viejo conocido) y otras, por habilidad de viejo zorro. El truco tonto de dejar el coche en el parking del aeropuerto y adentrarse en la terminal del puente aéreo, para acabar saliendo por la puerta de internacional le salió a la perfección. Esa noche dormiría con Natalia y prepararían juntos los últimos detalles de la huida.

Sebastián sentía su corazón palpar presuroso, en una carrera inacabable y acelerada hasta un destino mil veces anhelado. “Natalia, querida,

voy hacia ti...”, pensaba mientras se internaba en la autopista aún semivacía que discurría rectilínea camino de la gran ciudad, de esa mole inmensa de vidrio, cemento y acero que le había abducido el cuerpo y el alma, exigiéndole el justiprecio de su lealtad a cambio de un falso éxito material que se le atragantaba en la antesala de su inminente senilidad. Nada era lo que parecía: el escenario de cartón se le desmoronaba encima, dejando ver la tramoya inconsistente y falsa sobre la que él había construido una vida demasiado equivocada para seguir manteniéndola. Su matrimonio fue el primer error: desde el mismo día de la boda jamás consiguió ver en los ojos de Luisa una mínima señal de cariño o complicidad, capaz de llevar unas gotas de calor puro y transparente a una relación que nació muerta, demasiado moldeada por las manos hábiles de una familia política cuya fortuna, alcurnia y abolengo agonizaba cada noche sobre las mesas de juego de siniestros casinos clandestinos. Ella era joven y magnífica, demasiado bella para alguien como él, pero dotada excepcionalmente para conseguir de los hombres todo lo que deseaba. Y la fortuna del joven e inteligente Sebastián era un bocado especialmente apetitoso para dejarlo pasar de largo.

Tras el enlace, muy pronto chocó con la mirada fría e impersonal de su esposa, ya dueña y señora del apellido y las abultadas cuentas bancarias; de nada sirvió iniciar una maniobra de aproximación basada en el obsequio y el halago, que ella despreciaba con rigurosa amabilidad y fría indiferencia. Las llegadas nocturnas tardías al domicilio y los viajes a París y Londres, en nombre de no se sabe qué entidad benéfica, se hicieron demasiado frecuentes. Ni se le pasó por la cabeza mandar investigar su comportamiento, mientras observaba con tristeza como su mujer le rehuía en los pasillos y en la intimidad de su dormitorio, lo que hizo que el cansancio se convirtiera enseguida en tedio y éste en una densa y cortante frialdad que acabó por cubrirlo todo con un manto de muerte. La horrible sospecha de una dudosa paternidad hizo mella en su ánimo en dos ocasiones, pero ante la vista de aquellos dos encantadores seres prefirió olvidar sus aparentemente infundadas inseguridades y optó por rodear a aquellos niños de toda la fuerza que podía extraer de su corazón lastimado. Pero Lidia y Andrés, que sólo se llevaban catorce meses de diferencia, crecieron demasiado cerca de su madre para que entre ellos y su padre hubiese algo más que una relación tensa y lejana, basada en algo que no fuese un interés desmedido por utilizar su dinero e influencias para escalar en el escalafón social de la ciudad. Ambos, ya en la treintena, consumían sus vidas en actividades frívolas que mantenían con cargo directo a las cuentas paternas, dejándose arrastrar por un inmenso torbellino de luces de fiesta y

sustancias de todo tipo que los mantenían en un mundo artificial en donde la fachada cobraba una especial relevancia.

Un mal día, un día que preferiría olvidar pero que marcó el principio de su deseada deconstrucción, Sebastián se dio cuenta que no tenía amigos. Había dilapidado su vida en construir un impresionante imperio mediático en donde la mitad de la gente le temía y la otra mitad le odiaba. Intentaba acudir a un *pass-in-short* de Wilson cuando un dolor penetrante le atravesó el pecho y de pronto, su boca le supo a tierra batida. Las tres semanas que permaneció conectado a aquellos tubos, una de ellas en coma, le sirvieron para construir mentalmente al milímetro un mundo ideal y perfecto, un entorno bañado de luz y no de sombras, de colores vivos y no de grises, de abrazos y susurros, de besos cálidos y pasión renovada, paseando de la mano con una figura de rostro definido y que se adivinaba perfectamente tangible y cercana. Y todo ello como contraposición al mundo de falsedades en el que transcurría su vida. Era preciso iniciar un imprescindible proceso regenerador, ahora que disponía del catalizador que iba a hacer posible esa reacción química que desencadenara el cataclismo que tanto deseaba.

Cuando la vió, algún tiempo atrás, todas las células de su cuerpo le dijeron que era ella. La primera vez que se cruzaron, Natalia vestía una bata azul y arrastraba con agilidad un carrito de limpieza por las salas enmoquetadas y acristaladas de las oficinas centrales de la multinacional que Sebastián dirigía con mano de hierro. Nunca se dijeron nada, ni se cruzaron ninguna mirada, ni intercambiaron ninguna señal, pero los dos parecían saber que una energía esotérica de origen incierto atravesaba invisible salas y pasillos para generar un campo magnético de extraordinarias dimensiones, capaz de reventar el mismísimo planeta por sus costuras.

Despertaba pesadamente de un sueño angustioso inducido por los fármacos, en donde la muerte aparecía disfrazada de bailarina de ballet para preguntarle con malicia si le apetecía bailar. Su sentido perceptivo la presintió mucho antes que sus ojos, sentada en el filo de una silla contra la pared del final de su cómoda habitación de clínica privada, con las piernas muy juntas y con el bolso en su regazo, sobre el abrigo sencillo abotonado hasta el cuello, los cabellos mal teñidos dejando asomar breves canas y enmarcando un rostro surcado de las arrugas de medio siglo de vida. Sin dar crédito, cerró los ojos, para procesar aquella información falsa que su cerebro recibía como oleadas calientes en una ensoñación. Cuando los volvió a abrir, ella estaba a sólo unos centímetros de su cara, sonriéndole feliz mientras le acariciaba con ternura su

frente perlada y le susurraba al oído frases que no hacía falta entender. Las enfermeras le confirmaron lo que ni siquiera podía intuir. Natalia no había abandonado los pies de la cama ninguna de las noches que Sebastián se debatió entre la vida y la muerte, sumido en un coma que redujo la necesidad vital de su cuerpo exhausto. Natalia le bañaba cada noche con oleadas de cariño que hicieron estragos en su corazón enfermo, como si fueran los benéficos efectos de un elixir de vida y esperanza capaz de curar las heridas que el desamor causa en el alma.

El encuentro mágico fue en un pequeño bar de barriada, al atardecer de un día de Febrero. Sebastián temblaba como un adolescente cuando deslizó su mano sobre la mesa de formica para rozar brevemente la punta de los dedos de Natalia mientras ella le regalaba sonriente con el brillo mágico de su mirada feliz; se apresuraba a borrar de su mejilla una lágrima traviesa. Aquella noche firmaron abrazados un pacto sin palabras, un compromiso de silencio, un acuerdo para la eternidad, con la luna y las estrellas como testigos mudos de algo que no necesitaba ni anillos ni cláusulas.

A partir de ese día Sebastián empezó a preparar su huida. No quería dejar a sus herederos obras por terminar, así que los dos últimos años se dedicó dieciocho horas diarias a estudiar con detalle la estructura de sus negocios. Adquirió compañías competidoras, saneó las cuentas y devolvió créditos, racionalizó plantillas, cerró líneas improductivas y aseguró la presencia internacional de la firma. El valor bursátil de su grupo empresarial casi se triplicó, sobre todo cuando el mercado tuvo noticias que Sebastián había fichado a cinco altos directivos de las cinco empresas de comunicación más importantes del mundo. Cuando lo tuvo todo bien controlado, con el sector empresarial de todo el país alabando su gestión, dió por finalizada la primera fase de su plan, final que materializó reuniéndose durante dos días con un joven y desconocido notario de una pequeña ciudad de provincias, quien, ante la dimensión del personaje, no tuvo inconveniente en hospedarlo en su propia casa. En su cuidado jardín crecían enormes macizos de margaritas que cuidaba con esmero su joven y guapa esposa y que a Sebastián le tenían totalmente fascinado. Esos días sirvieron para asesorarle en la redacción de un cortísimo testamento, casi dictado por Sebastián de carrerilla, como si lo llevase tatuado en el corazón desde hacía muchos años.

La segunda parte fue más complicada; pero también, esta vez, la suerte estuvo de su lado. Cuando recibió aquella carta anónima que le reclamaba una importante cantidad de dinero a cambio de su seguridad y la de

su familia, lo vio todo meridianamente claro. Planeando la operación con cuidado, resolvió denunciar los hechos a los Mossos d'Esquadra, que mereció la recomendación de la superioridad de que contratase algún servicio de seguridad privado. Se negó en redondo aduciendo que si el Estado no podía garantizar su seguridad, probablemente nadie podría hacerlo. Seguidamente movió algunos hilos discretos y contactó con la banda, que resultó estar compuesta por peligrosos ex militares rumanos, y solicitó una entrevista. Tuvo lugar bajo todas las precauciones posibles por parte de los malhechores, porque no era habitual que el extorsionado ofreciera una cantidad de dinero muy superior a la que ellos le pedían. Pero Sebastián se movía con gran habilidad entre cualquier variedad de operaciones de negocios, tal vez con mucha más confianza en esta ocasión que cuando tuvo que negociar el crédito sindicado de 150 millones de euros con las quince entidades bancarias más grandes del país. “Esos sí que son unos delincuentes. ¿Sabes las diferencias que hay entre un delincuente y un banquero? Muy fácil, primera, con el delincuente se puede negociar. Segunda, el delincuente suele robar por necesidad; el banquero por placer.” le repetía a Natalia en medio de sonoras carcajadas, mientras ella le miraba medio admirada, medio asombrada, totalmente maravillada.

Las 7.55 hrs. La puesta en escena debía materializarse lejos del coche escolta; en caso contrario habría sangre: el armamento que los del Audi equipaban. Tomó la Ronda de Dalt y se sumergió en un tráfico lento y pesado; en unos minutos llegaría a su despacho en la torre acristalada, de estructura fállica, símbolo de su extenso imperio personal y desde la que se divisaba toda la ciudad, como si toda ella se rindiera a los pies de su grandeza. Puso la radio y la apagó en seguida. Prefería concentrarse en los próximos pasos antes que distraerse con las disputas estúpidas entre Gobierno y Oposición. Además era la hora de hacer la llamada convenida. Sacó el sencillo móvil de tarjeta comprado el día anterior. Pensó en los 1000 SMS que le habían regalado con la oferta del teléfono y le supo mal desaprovecharlos. Sin dudar, marcó el número que había memorizado desde el mismo momento que se lo dieron.

- Sí.
- Hola “Uno”. Todo ok. Sólo 5 minutos. ¿Alguna novedad?
- Todo bien. Estamos dentro. Trae lo convenido, supongo.
- Por supuesto, y ¿usted?
- Claro.

Y colgó.

El Jaguar abandonó la vía principal y se desvió por la siguiente salida; avanzó majestuoso por el estrecho lateral y giró a la izquierda, hacia la zona más residencial de la ciudad. El Audi le seguía a cierta distancia, pegajoso. Sebastián extrajo un pequeño bote de plástico de la guantera y esparció su contenido sanguinolento por el interior del vehículo cuidando de que sus huellas quedaran bien marcadas. El día anterior le costó un poco clavarse la jeringuilla en el brazo para extraerse aquellos pocos centímetros cúbicos de sangre, pero debían de cuidarse todos los detalles. Cuando la analizaran verían que era suya y eso añadiría verosimilitud a la acción. Se guardó el botecito vacío en el bolsillo. Se adentró en la calle empinada donde se encontraba la entrada principal de peatones y la del parking del edificio. Las cámaras de seguridad barrían la calle en toda su extensión. Las puertas del edificio era un hervidero de guardias de seguridad armados que controlaban los accesos al edificio y el scanner de seguridad para detectar potenciales amenazas.

La consigna era que nadie resultara herido y los ex militares rumanos serán lo que sean, pero también son extremadamente disciplinados, y ahora eran conscientes de quién mandaba. Sebastián accionó el mando a distancia y la puerta de reja blindada se abrió con un chasquido, desplazándose hacia la derecha. Lo primero que observó al fondo fue la furgoneta blanca con las letras rojas de la empresa de seguridad electrónica a la que le había encargado un barrido de micrófonos en su oficina. También vio por el espejo retrovisor el Audi azul pasar de largo calle arriba, y casi le pareció ver la cara de descanso de sus ocupantes, contentos por poder aparcar tranquilos y tomarse un merecido desayuno. El vigilante de seguridad de la cabina estaba solo; le saludó con una mano alzada que Sebastián se apresuró a responder con el mismo gesto, añadiendo una amplia y cordial sonrisa. Una vez aparcó en su plaza reservada bajo el letrero de "Presidencia" y apagó el motor, todo lo que siguió se desarrolló en segundos.

Sebastián fue sacado de un tirón del vehículo por dos hombres y llevado en volandas hasta la furgoneta blanca con letras rojas e introducido en la parte trasera violentamente. Mientras otros dos cortaban las conexiones de las cámaras del interior del parking y otros dos hombres neutralizaban al vigilante de la cabina de entrada. En el Centro de Control de Cámaras, situado tres pisos más arriba, dos pantallas del panel compuesto por ocho terminales quedaron repentinamente en negro lo que causó la extrañeza inmediata del supervisor de seguridad, que llamó inmediatamente al vigilante de la cabina.

Pero éste no se podía poner, qué lástima, estaba en el suelo inconsciente con un buen golpe en la nuca. Para cuando reaccionaron, los primeros hombres llegaron al parking y vieron el Jaguar con la puerta abierta y el interior bañado en sangre, la furgoneta ya se encontraba a tres manzanas y en su interior, estirado en el suelo de plancha, Sebastián se lamentaba de que fuera una empresa falsa. Le hacía mucha ilusión saber si tenía espías en su mismísimo despacho.

Tan sólo cinco minutos y dos kilómetros después la furgoneta era abandonada en un descampado en las afueras de Barcelona, en la confluencia con Esplugues de Llobregat. Los integrantes del comando, ya despojados de sus monos y con apariencia de inofensivos oficinistas, tomaban sencillos utilitarios aparcados en las cercanías para esfumarse del escenario cumpliendo un plan detallado al segundo. Sebastián extrajo la bolsa de plástico del bolsillo de su chaqueta y se la entregó a “Uno”, mientras se quitaba su ropa y se enfundaba un chándal nuevo a estrenar. Trescientos mil euros, seiscientos billetes de quinientos, nuevos, listos para gastar, en alcohol, juego, putas y drogas; un fajo de poco menos del grosor de una guía de teléfonos de una ciudad media. “Uno” tomó el fajo y lo miró brevemente, con ojo crítico de experto. Mientras le tendía a su vez una pequeña carpeta de plástico que Sebastián ocultó inmediatamente bajo su chaqueta de chándal. Se alejaron presurosos del vehículo. En cinco minutos, el vehículo ardería por completo, en cuanto se activara el dispositivo incendiario que dejaron en su interior.

Se dieron la mano y se separaron. No hicieron falta palabras. Tan sólo una mirada de inteligencia les unió para siempre. El secreto estaba a salvo.

Las 8.15 hrs y todo había terminado.

\*\*\*\*

Los periódicos de la tarde anunciaron el secuestro a cuatro columnas y los diarios digitales de medio mundo se hicieron eco casi de inmediato. La repercusión mediática fue tremenda, con programas especiales en televisión y radio, no en vano Sebastián era considerado uno de los principales empresarios del sector. Su tradicional reserva y su ausencia de prodigalidad en los medios consiguieron que se difundiera una foto oficial con seis años de antigüedad. No había otra más reciente, cuando tenía pelo y menos ojeras, que hacía prácticamente imposible que nadie lo reconociese en la actualidad. Para dificultar la posible identificación Sebastián se aplicó unos postizos pilosos en

barba y bigote, se espesó las cejas y añadió unas gafas de pasta que le modificaron todo el rostro, tal y como quedó el día que le hicieron las fotos para el pasaporte nuevo que “Uno” le había entregado en el descampado. A las 11.30 de la mañana Natalia y Sebastián atravesaban el arco de seguridad de la zona de embarque internacional del aeropuerto de El Prat, rumbo a un destino que no significaba nada para ellos. Lo importante era que estaban juntos, y de lo que estaban absolutamente seguros es que esta vez era para siempre.

Nadie supo nunca nada más de Sebastián Garcés. Las pesquisas no arrojaron ninguna pista que condujera de algún modo a su localización. Empezaron a circular diversas hipótesis, desde la venganza de un potentado mediático americano molesto con la OPA de Sebastián contra su empresa, hasta la versión de la desaparición voluntaria, más romántica que real, pero nadie fue capaz de demostrar nunca ni la más mínima sospecha. La familia convocó varias manifestaciones públicas pidiendo la libertad del empresario y todos aparecieron en varios programas de televisión más o menos escabrosos, sobretodo Luisa, la esposa, encantada de salir en la pequeña pantalla en hora de máxima audiencia. Todo su pavoneo mediático se terminó un año más tarde, cuando se encontró el cadáver calcinado de Sebastián Garcés en una zona boscosa de Sabadell, o al menos es lo que se dedujo ante los minúsculos restos de documentación que pudieron recuperarse y del anillo de casado, que no de ADN, y se le dio oficialmente por muerto, lo que provocó la apertura de su testamento. En él, Sebastián Garcés cedía su paquete accionarial a la ONG “Save the Children” con la orden expresa a esta asociación sin ánimo de lucro, de no vender ni una sola de las acciones hasta pasados cien años. Para ello nombraba una comisión gestora que velaría por el cumplimiento de la orden y que presidiría hasta su muerte don Gonzalo Ballesteros, el joven notario de Tomelloso que redactó sus últimas voluntades. La viuda y sus hijos recibieron una compensación mensual y vitalicia que les evitaría tener que trabajar nunca, algo que no supieron encajar nunca y que les provocó no pocos problemas de adaptación a su nueva realidad económica.

“Uno” tardó un año en cumplir su último encargo, pero lo cierto es que no corría ninguna prisa. El campamento de drogodependientes de las casas baratas de Sant Boi, aportaría más tarde o más temprano, la víctima adecuada, como así fue finalmente. El individuo en cuestión era casi de la misma constitución que Sebastián y cuando le vieron que se pinchaba la mierda que le había dado “El Chino”, matarratas concentrado, y caía fulminado entre horribles espasmos, la red de información funcionó a la perfección. El contacto recibió puntualmente los tres mil euros que “Uno” ofrecía por un “cadáver limpio”, sin

hacer preguntas. Trasladar el cuerpo a Sabadell, ponerle la ropa y el anillo de casado que Sebastián se quitó en la furgoneta blanca con letras rojas y prenderle fuego al cuerpo hasta que no quedó nada potencialmente identificable mediante el análisis del ADN, sólo costó 200 litros de gasolina y algo de paciencia. La documentación se encontró en una chaqueta que “curiosamente” quedó cerca del cadáver y que sólo se chamuscó.

Sebastián Garcés descansa oficialmente en un bonito panteón de mármol y vidrio rodeado de 300 metros cuadrados de verde césped, situado en un exclusivísimo cementerio privado. Una leyenda urbana asegura que ni su mujer ni sus hijos le llevan flores nunca. Tan sólo un chico joven con cara de notario se acerca todos los meses con un ramito de margaritas, está cinco minutos y se va lentamente con la cabeza baja.

\*\*\*\*

Natalia y Sebastián pasean ahora libremente su amor por las playas desiertas de arenas blancas y mar azul turquesa de algún lugar del Mediterráneo, mientras tuestan al sol eterno sus renovados cuerpos y se entregan al juego de las caricias con adolescente entusiasmo. Su vida transcurre tranquila y feliz, ocupándose apenas de vivir el presente, sin las cargas del pasado y sin esperar nada especial del futuro.

Sebastián no hubiese sido capaz de empezar una nueva vida sin romper totalmente con la anterior, por eso decidió desaparecer, aún a costa de fingir su propia muerte. Con ello consiguió deshacerse de todo el bagaje inútil que hacia pesada su existencia y quedarse totalmente limpio para resucitar o renacer con el alma blanca e inmaculada en los brazos tiernos de la mujer amada.

Un rayo de sol del amanecer se filtra tímidamente en la blanca habitación. Sebastián abraza el cuerpo de Natalia bajo las sábanas atrayéndolo hacia él, sabedor que es la única verdad de su vida, lo único seguro y tangible que jamás ha tenido. Ella se despierta y lo mira con dulzura desde la almohada, desde la luz cálida de sus ojos azules entrecerrados, desgastados y tranquilos, mientras él sonríe feliz, aún somnoliento y la besa suavemente, apenas rozándole los labios, justo cinco segundos antes de caer ambos, otra vez, profundamente dormidos.

## Sobre el autor



**Esteban Balagué** es catalán de sangre andaluza y sobrino-nieto del gran Pedro Antonio de Alarcón, Esteban nació en una casa de sesenta metros en el que tres mil volúmenes se amontonaban hasta en los armarios de la ropa. Aprendió a leer imitando a su padre y a escribir intentando emular a un Julio Verne maravilloso que descubrió siendo aún muy niño, combinando los insólitos mundos de sus páginas con una inusitada capacidad para recrear sus propias fantásticas ensoñaciones. Acumuló diversos premios literarios infantiles y juveniles; coleccionó el asombro de sus profesores, lo que no le impidió desoir sus recomendaciones y encaminar su vida por senderos técnicos y de administración y dirección de empresas.

Empresario tecnológico desde muy joven, ha mantenido un flirteo constante con una pasión visceral por unir letras con encanto, y en general por cualquier manifestación artística capaz de hacer vibrar las sensibilidades. Tras muchos años sumergido en la vorágine fatídica de la gran ciudad, recientemente emigró a orillas de una playa cálida y ahí, bajo los pinos de su casa y acompañado de su mujer y sus hijos, intenta culminar una necesaria metamorfosis.

En la actualidad dedica todo su tiempo a consolidar el proyecto más ilusionante de su vida desde la dirección general de Canal Logística Internacional.